

Domingo del perdón

Sinaxario del Tríodo

“En este día hacemos memoria del exilio de Adán, el primer hombre, del paraíso de las delicias. Que el mundo se lamente amargamente con los ancestros, caído con ellos por el alimento succulento”.

Esta memoria la han puesto nuestros santos padres antes de la Cuaresma, para mostrarnos con los hechos cuán útil es el remedio del ayuno para la naturaleza humana y cuán lamentable es lo que proviene por la glotonería y la desobediencia. Dejando de lado los perjuicios infinitos causados en el mundo por estas pasiones, los padres nos presentan a Adán, el primer creado, mostrando el sufrimiento que pasó por no haberse abstenido de un poco de alimento, introduciendo así (el mal) en nuestra naturaleza. Nos muestran también claramente la virtud del ayuno, este primer mandamiento de Dios a los hombres. Adán, cediendo a su vientre, o más bien a la serpiente engañadora, por medio de Eva, no solo no se hizo dios, sino que atrajo la muerte, y transmitió la mancha a todo el género humano. Así pues, a causa del deleite del primer hombre, Adán, el Señor ayunó durante cuarenta días y permaneció obediente, y por eso la presente cuaresma ha sido concebida por los santos apóstoles, a fin de que siguiendo el precepto que Adán no había observado, gozáramos, por el ayuno, de la incorruptibilidad que él mismo había perdido. Por eso, como lo hemos dicho ya, fin de los santos (padres) es exponer brevemente (aquí) las obras divinas desde el inicio hasta el fin. Y puesto que la transgresión de Adán y su caída del paraíso de las delicias fueron la causa de todas nuestras desgracias, los padres propusieron hacer memoria de esto, a fin de que escapáramos de su ejemplo, en lugar de imitar su intemperancia.

El sexto día, Adán fue, pues formado por la mano de Dios, honrado con Su imagen por Su aliento y, recibiendo pronto Sus mandamientos, pasó hasta seis horas en el paraíso; después, habiendo transgredido el mandamiento, fue expulsado. El hebreo Filón dice que Adán habría pasado cien años en el paraíso; otros hablan de siete días o siete años, a causa del valor de este número. Pero Cristo nos ha mostrado que fue a la sexta hora cuando Adán extendió la mano y tomó el fruto. El sexto día y a la sexta hora, Cristo extendió Sus manos sobre la Cruz para reparar la acción destructora de aquel. Adán fue creado a medio camino entre la corrupción y la incorruptibilidad, a fin de que, de cualquier lado en el que se inclinara por su elección, esto le fuera adquirido. Pues era igualmente posible para Dios crearlo inmortal, pero para justificar su elección, le prohibió tocar un solo árbol de entre todos, lo que significaba probablemente que el hombre podía

acceder al conocimiento de todas las criaturas por el poder divino, pero en ningún caso al que se refiere a la naturaleza de Dios. Gregorio el Teólogo, considerando de forma filosófica que los árboles son los conocimientos divinos, mientras que las plantas representan la contemplación, dijo: “Dios ordenó a Adán interesarse por todos los demás elementos y las demás cualidades, aplicándose a ellas con todo su espíritu y dar gloria a Dios, pues ahí residen las verdaderas delicias”. Quizá le pidiera que se informase también de su propia naturaleza, pero con respecto a Dios, que no buscara saber quién es Él por naturaleza, ni dónde ni cómo produjo el universo de la nada. Pero él, abandonando las demás investigaciones, se dispuso más bien a sondear lo que concierne a Dios y a escrutar cuidadosamente Su naturaleza. Como, en estas materias, era un niño, un iniciado, sin ninguna experiencia, cayó cuando el maligno le sugirió, por medio de Eva, la idea de la edificación. Para preservar la Escritura, pero sin centrarse en la letra, el gran y divino Crisóstomo dijo que este árbol tenía un doble poder y afirma, de forma filosófica, que el paraíso estaba en la tierra. Lo imagina a la vez intelectual y sensible, como lo era Adán, y lo pone “en medio”, entre la corrupción y la incorruptibilidad. Algunos dicen que el árbol de la desobediencia era una higuera porque, conociendo su desnudez (Adán y Eva) se cubrieron inmediatamente, sirviéndose de sus hojas, y por esta razón Cristo maldijo a la higuera, como causante de la transgresión. Pues tiene cierta semejanza con el pecado: en primer lugar la dulzura del fruto, a continuación, la aspereza de sus hojas, y finalmente la viscosidad de su jugo. Algunos han dado una interpretación errónea del árbol, representando la conversación de Adán y Eva y su relación. Pues, después de haber transgredido y revestido la carne mortal, después de haber sido objeto e la maldición, Adán fue expulsado del paraíso, cuya puerta, por mandato de Dios, fue guardada por una espada de fuego. Ante esta puerta, se sentó, llorando por todos los bienes de los que había sido privado por no haber ayunado en el tiempo oportuno. Se lamentaba de que todo el género humano nacido de él debiera compartir la misma condición, hasta que nuestro Creador, teniendo piedad de nuestra naturaleza deteriorada por el maligno, naciera de la santa Virgen. En efecto, por Su admirable vida, (el Señor) nos mostró el modo para combatir al maligno, a saber, el ayuno y la humildad. Triunfando sobre este que por astucia nos había seducido, devolvió nuestra naturaleza a su antigua dignidad.

Los padres teóforos, queriendo exponer todo esto a través del Tríodo, han presentado los hechos del Antiguo Testamento: en primer lugar la creación, después la caída de Adán, de la que hacemos memoria ahora, después todo lo demás, a través de los escritos de Moisés y de los profetas, más incluso con los salmos de David, a los cuales se añaden las Escrituras de la gracia. Siguen también, en el orden, los hechos del Nuevo Testamento, siendo el

primero la Anunciación que, según la inefable economía de Dios, se encuentra casi siempre un lugar durante la santa cuaresma; a continuación llega Lázaro y los Ramos, la santa y gran semana, la lectura de los Evangelios y los himnos que cantan con detalle los santos y salvadores sufrimientos de Cristo; a continuación la Resurrección y lo demás, hasta el descenso del Espíritu, mientras que los Hechos de los Apóstoles exponen cómo tuvo lugar la predicación y cómo se reunieron todos los santos, pues los Hechos confirman la Resurrección, a través de los milagros.

Puesto que hemos sufrido tales males por el hecho de que Adán, tan sólo una vez, no ayunara, he aquí el hecho de que se haga ahora memoria, a las puertas de la Santa Cuaresma, a fin de que, recordándonos todo el mal que conllevó el hecho de no ayudar, nos dispongamos a acoger el ayuno con gozo y que lo cumplamos, de modo que lo que Adán no alcanzó, a saber, la edificación, nosotros la obtengamos por la cuaresma, llorando, ayunando y humillándonos, hasta que Dios venga a visitarlos. En efecto, sin esto, no es fácil encontrar lo que hemos perdido.

Esta gran y santa cuaresma es el diezmo de todo el año; puesto que por pereza, en efecto, no queremos ayunar continuamente y abstenernos del mal, los apóstoles y los santos padres nos han transmitido esta como una cosecha de las almas, para que nos separemos de todo el mal que hemos hecho durante todo el año, con la contrición y humillándonos por la cuaresma que debemos observar de forma más exacta. Pues los divinos padres nos han transmitido igualmente otros tres ayunos: el de los santos apóstoles, el de la Theotokos y el de la Natividad, lo cual hace cuatro, uno para cada estación del año. Pero esta cuaresma, la honramos más, a causa de la Pasión, y porque es la que observó Cristo mismo antes de ser glorificado. Así mismo, Moisés recibió la Ley después de haber ayunado cuarenta días; pensemos también en Elías, en Daniel y en todos los que fueron probados ante Dios. Y lo fundamental del ayuno, lo muestra Adán por su contra. Por esta razón, los santos padres quisieron recordar aquí el exilio de Adán.

“Por tu inefable misericordia, oh Cristo nuestro Dios, haznos dignos de las delicias del paraíso y ten piedad de nosotros, Tú que amas a los hombres. Amén.”

Extractos del oficio del día

El oficio del sábado por la tarde es casi todo cantado en el tono 6 e incluso si hay otros cantos ordinarios, se envuelven en esta atmósfera de oración

que puede tomar poco a poco un carácter triste, recogido humilde, contrito, pero también solemne e importante.

El contaquio, que habitualmente sigue la melodía de los troparios, se canta excepcionalmente con el de las estíqueras; una vez más por su tonalidad grave, menor y solemne. Puesto que el ikos es leído de costumbre, solo se cantará su última parte. Aquí, se divide en más parte y se canta después de cada una, la misma última frase: “Misericordioso, ten piedad de mí pues he caído”. Esta se asemeja mucho al estribillo del canon de San Andrés de Creta, cantado durante la primera semana de la Cuaresma, y nos dispone un poco más en la atmósfera de la cuaresma que llega.

Durante la pre-cuaresma, se ha pasado del tono 1 (la primera Estíquera del Tríodo), al tono 6 (el domingo que precede a la entrada de la Gran Cuaresma). El tono 6 se ha hecho cada vez más presente hasta convertirse en el tono de casi la totalidad de los himnos del Tríodo, cantado durante la vigilia de este domingo.

Los tonos y las melodías acompañan y sostienen la oración, de la misma forma que los textos litúrgicos acompañan y sostienen la vida espiritual de los fieles.

Vísperas del sábado, Estíquera del Lucernario, tono 6

Mi Creador, el Señor, tomando barro de la tierra, insufló en mí un alma por Su aliento vivificante, me dio la vida y me honró, estableciéndome como cabeza de todo lo que es visible sobre la tierra y haciéndome compartir la vida de los ángeles, pero Satanás, utilizando la serpiente, me sedujo por el alimento y me separó de la gloria divina, entregándome en la tierra a la muerte más profunda, pero Tú, Maestro misericordioso, acuérdate de mí.

Vísperas del sábado, aposticas, tono 6

Adán fue expulsado del paraíso a causa del alimento; sentado ante la puerta, lloraba y se lamentaba con una voz conmovida, diciendo: ¡Ay, qué sufrimiento padezco, miserable de mí. He transgredido un solo mandamiento del Maestro y heme aquí privado de toda clase de bienes. Paraíso santo, que por mi fuiste plantado y que a causa de Eva fuiste cerrado, suplica a tu Creador, que también es el mío, que me cubra con tus flores!. Y el Salvador le respondió: ¡No quiero destruir a mi criatura, pero quiero que sea salvado y que llegue al conocimiento de la verdad, pues el que viene a mí, no lo echaré fuera!.

Maitines del domingo, canon, ikos, tono 6

Adán se sentó de nuevo y lloraba frente a las delicias del paraíso, y golpeando su rostro, decía: “Misericordioso, ten piedad de mí, que he caído”. Viendo al ángel que lo expulsaba y cerraba la puerta del jardín divino, Adán se lamentó profundamente y dijo: “Misericordioso, ten piedad de mí, que he caído”. ¡Oh paraíso, compadécete del dolor de tu amo reducido a la miseria y por el murmullo de tus hojas suplica al Creador que no te cierre: “Misericordioso, ten piedad de mí, que he caído”!. ¡Oh paraíso perfectamente virtuoso, santo, bienaventurado, que fuiste plantado para Adán, y cerrado por Eva, suplica a Dios por el que ha caído!.

Maitines del domingo, exapostilario tono 2

El que expulsaste del paraíso por haber probado del fruto del árbol, oh Señor, lo introdujiste de nuevo allí por tu Cruz y Tu Pasión, oh Salvador y Dios mío; también por ellos, concédenos la fuerza de cumplir impecablemente el ayuno, y adorar Tu divina resurrección, la Pascua salvífica, por intercesión de la que te dio a Luz.

El domingo del Perdón, vísperas

En el lucernario, hay diez estíqueras (como en las fiestas) para dar un carácter solemne e importante a este oficio que marca la entrada en la Gran Cuaresma. Todos los cirios se encienden y los ornamentos son dorados como el domingo.

Tras el himno de la Pequeña Entrada (Gozosa luz de la Santa Gloria...), se canta el prokimenon llamado “gran prokimenon”: se repita cuatro veces y media (en lugar de dos veces y media como de costumbre). La melodía es más ornada, más larga y más cantada, y tiene un carácter de cuaresma, humilde y pacífico.

Es el inicio de la Gran Cuaresma. El lector lee lentamente la oración “Dígnate Señor guardarnos esta tarde sin pecado...”, y durante este tiempo, los ornamentos dorados son reemplazados por otros más oscuros (en general violetas), y se apagan todas las luces (no quedan más que las pequeñas velas ante los iconos).

Inmediatamente después, está la letanía de la tarde y la melodía usual se reemplaza por otra llamada de “Cuaresma” (con el mismo espíritu que el gran prokimenon): humilde y pacífico.

Se canta a continuación el último canto de Vísperas (Alégrate Virgen Theotokos), a la manera de la Gran Cuaresma: la melodía es propia de Cuaresma, cada tropario está seguido de una gran metanía. Después de la oración vespéral, se recita la de San Efrén, acompañada de metanías.

Ahora hemos entrado en la Gran Cuaresma, y los oficios son diferentes, y esto será así durante los cuarenta días.

Así, durante el rito del Perdón, el coro canta dulcemente las estíqueras de Pascua, (según las tradiciones, esto puede ser diferente): entramos en el desierto durante cuarenta días, como Cristo, pero vemos ya a lo lejos Su luminosa Resurrección.

Vísperas del domingo, 3ª Estíquera del Lucernario, tono 2

Comencemos el tiempo de esta cuaresma radiantemente, entregándonos a los combates espirituales, y limpiemos nuestra alma, purifiquemos nuestra carne; así como ayunamos de los alimentos, abstengámonos también de toda pasión, deleitándonos en las virtudes del Espíritu, cumpliéndolas con amor, para que podamos ser dignos de ver la venerable Pasión de Cristo nuestro Dios y Su Santa Pascua, regocijándonos espiritualmente.

Vísperas del domingo, aposticas tono 4

Tu gracia ha brillado, oh Señor; ha resplandecido la iluminación de nuestras almas; he aquí el tiempo favorable, he aquí el tiempo de la penitencia; rechacemos las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz, a fin de que habiendo atravesado el vasto océano de la Cuaresma, lleguemos a la Resurrección del tercer día de nuestro Señor Jesús Cristo, el Salvador de nuestras almas.

Homilía

*San Juan de Kronstadt
Ama a Dios y a tu prójimo*

“Si, pues, vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará también” (Mateo 6:15).

Este domingo es llamado en la lengua popular “domingo del Perdón”. Desde los tiempos antiguos, se guarda la costumbre en este día y durante toda la semana de la Tirofagia, de pedir mutuamente perdón por los pecados cometidos unos contra otros. Magnífica costumbre, auténticamente cristiana: ¿quién de nosotros, en efecto, no peca contra su prójimo, ya sea con palabras, hechos o pensamientos? Pidiendo perdón al otro, mostramos nuestra fe al Evangelio, nuestra humildad, nuestro rechazo al mal, nuestro amor a la paz. Por el contrario, no desear pedir perdón muestra nuestra poca fe, suficiencia, odio, insumisión al Evangelio, resistencia a Dios, complicidad con el diablo.

Por tanto, todos somos hijos del Padre celestial por la gracia, miembros de Cristo nuestro Dios, miembros del único cuerpo, la Iglesia, que es Su cuerpo, y miembros unos de otros: “Dios es amor” (1ª Juan 4:8), y más que todos los holocaustos y los sacrificios, Él exige de nosotros un amor mutuo, que es paciente, que hace misericordia, no envidia, no se ensoberbece, no escandaliza, no busca su interés, no se irrita, no guarda rencor, no se regocija en la injusticia, sino que se regocija en la verdad. Excusa todo, lo cree todo, lo soporta todo y nunca se cansa (1ª Corintios 13:4-8). Toda la ley se resume en dos palabras: ama a Dios y ama a tu prójimo. El corazón del hombre es extremadamente egoísta, impaciente, celoso de su deuda, rencoroso y maligno: está dispuesto a ir contra su hermano con un mal patente, pero también por un mal imaginario, por una palabra ofensiva, y también por una palabra mordaz, e incluso por una mirada que parezca poco indulgente, o equivocada, astuta, fiera, justo como si se dejara llevar por los pensamientos del prójimo, los cuales él mismo inventa. El Señor, que sondea los corazones, dice esto: “Porque es de adentro, del corazón de los hombres, de donde sales los malos pensamientos, fornicaciones, hurtos, homicidios, adulterios, codicias, perversiones, dolo, deshonestidad, envidia, blasfemia, soberbia, insensatez” (Marcos 7:21-22). A la maldad humana se le debe oponer la infinita bondad y la gracia todopoderosa de Dios; con su ayuda, se le facilita el huir de todo mal por medio de la dulzura, la bondad, el espíritu de concesión, la paciencia, y la longanimidad. Os lo digo, pues lo declara el Señor: “no resistir al que es malo; antes bien, si alguien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Y si alguno te quiere citar ante el juez para quitarte la túnica, abandónale también tu manto” (Mateo 5:39-40). A cambio de los pecados perdonados al prójimo, el Padre celestial nos promete el perdón de nuestros pecados, la absolución en el Juicio final, la bienaventuranza eterna: “Bienaventurados los que tienen misericordia, porque para ellos habrá misericordia” (Mateo 5:7). La maldad inveterada debe extenderse hasta el juicio de Dios y al tormento eterno. Escuchad este relato que muestra como castiga Dios aquí abajo a los malos que no quieren reconciliarse entre ellos. En la lavra de las Cuevas de Kiev, había dos monjes solitarios, el sacerdote Tito y el diácono Evagrio. Tras haber vivido algunos años en buena comprensión, por una razón cualquiera, se enemistaron con gran odio el uno contra el otro; su animosidad mutua duró mucho tiempo y ellos, sin reconciliarse, tenían la osadía de ofrecer a Dios el sacrificio no incruento del altar.

Todos los consejos de la comunidad, de dejar allí su cólera y vivir entre ellos en paz y buen entendimiento, eran vanos. Un día, el sacerdote Tito cayó gravemente enfermo. Desesperado por sobrevivir, comenzó a llorar amargamente por su pecado y envió a alguien a pedir perdón al que no amaba: pero Evagrio no quiso ni siquiera escuchar hablar y se puso a maldecirlo sin piedad. La comunidad de hermanos, deplorando tan grave

pérdida, lo llevó a la fuerza ante el moribundo. Tito, dándose cuenta de que su enemigo estaba allí, se sentó sobre su lecho con ayuda de otros y cayó ante él, suplicándole con lágrimas que le perdonara. Pero Evagrio era tan inhumano que se dio la vuelta y clamó con rabia: “ni en esta vida, ni en la otra, me reconciliaré contigo”. Se apartó de las manos de la comunidad y cayó a tierra. Los monjes querían levantarlo pero cuál fue su sorpresa al verlo muerto, y tan frío que parecía que había expirado hacía mucho tiempo. Su sorpresa aumentó incluso cuando vieron al momento que el sacerdote Tito se levantaba sano de su lecho de dolor, como si no hubiera estado nunca enfermo. Estupefactos ante tal hecho inesperado, rodearon a Tito y uno tras otro le interrogaban: ‘¿qué significa esto?’. Él respondió: ‘Estaba en grave enfermedad hasta que yo, pecador, que me había encolerizado contra mi hermano, vi alejarse a los ángeles de mi y verter lágrimas por la pérdida de mi alma, y mientras los espíritus impuros se regocijaban. He aquí la razón por la que deseé más que nada reconciliarme con él. Pero como se me lo traían, me postraba ante él y él comenzaba a maldecirme, vi a un ángel amenazando con lanzarle una lanza de fuego y caer el desgraciado en tierra, muerto. Y el mismo ángel me tendía la mano y me levantaba de mi lecho de dolor’. Los monjes lloraron la terrible muerte de Evagrio y desde entonces comenzaron a velar para que el sol no se ocultara con ellos llenos de cólera.

Hermanos y hermanas: el rencor es el más terrible de los vicios, y es tan detestable ante Dios como funesto ante la sociedad. Estamos creados a imagen y semejanza de Dios: la bondad y la inocencia deben ser nuestras virtudes permanentes, pues Dios se conduce con respecto a nosotros según nuestra bondad; es lento a la cólera y nos perdona sin tener en cuenta el número de nuestros pecados. Nosotros también debemos perdonar. Pero el rencoroso no tiene en él la imagen y semejanza de Dios: es más bien una bestia que un hombre. Amén.

Traducido por psaltir Nektario B.
Para cristoesortodoxo.com
Febrero de 2015©